porque ésta igualaba todas las cosas hasta nivelarlas con él, y tenía gusto en ver correr la sangre, porque le parecía que con ella lavaba la injuria de la obscuridad en que siempre había vivido.» Hombre que tan bastardos sentimientos guarda, debe ser despreciado por más que sea justa y santa la causa que defienda. Nunca ha sido digna de admiración la serpiente que se enrosca silbando y hiere el pie que la pisa.

(5) Cuando Chenier marchaba al patíbulo, murmuró, tocándose la frente, estas palabras: «*Je n'ai rien fait pour la hostérité, et pourtant j'avais quelque chose là!*» Él y Roucher, poeta también, dieron notable ejemplo de amor á la poesía y de menosprecio á la muerte, como dice uno de sus biógrafos, no cesando de hablar del arte durante el tiempo que tardó la carreta que los conducía, en recorrer el camino que separaba la prisión del cadalso. En el momento mismo de morir acababan de recitar la primera escena de *Andrómaca*.

LA MALDICIÓN DE JOB

POEMA

Tarde tempestuosa. Las nubes negras y aglomeradas cruzan pausadamente el espacio. El viento gime arrastrando las hojas secas. Los relámpagos brillan sin interrupción.

JOB, *sentado en un estercolero, apoya la cabeza en una mano y permanece inmóvil, hundido en meditación profunda. Se ve en el horizonte aparecer una nube más siniestra que las otras. Se aproxima con rapidez á la tierra; estalla un rayo; la nube se rasga y de su seno sale* SATANÁS, *que se mantiene á alguna distancia de* JOB, *mudo y fijos en él los ojos.*

JOB

¿Quién eres tú, que así, triste y sombrío,
tenaz, me ves? Tu rostro me es extraño;

no detengas tu planta al lado mío;
hay junto á mí pavor y luto y frío,
sigue adelante, vé.

SATANÁS

No temo el daño.

JOB

¿Tú no temes el daño?... ¿Acaso moras
en cómoda mansión?... ¿Á los excesos
te entregas del placer?... Varón, ignoras
qué eternas y sombrías son las horas
para el que sufre, como yo he sufrido,
¡y he de sufrir aún! dolores de esos
que el espíritu agobian: ¡no has sentido
el barro de tu cuerpo corrompido
desprenderse á pedazos de tus huesos!

(*Breve pausa.* SATANÁS *sonríe irónicamente y avanza hacia* JOB.)

Tú no has visto tal vez tu humano orgullo
abatirse y caer como la espiga
que guarda el grano de oro en el capullo,
que se mece gentil, que á otras se liga,
que eterno juzga el cariñoso arrullo
del manso viento que al besarle canta,
y cuando más se yergue y más se eleva,
trocarse mira donosura tanta
en vil despojo que el turbión se lleva!...

¡Sigue, señor, tu ruta; yo no puedo
lavar tus plantas y ofrecerte abrigo!
¡todos huyen de mí; sólo asco y miedo
infunde mi desgracia...!

SATANÁS

¡Soy tu amigo!

JOB

¡Mi amigo tú!

SATANÁS

De todo el que suspira.

JOB

Y tu nombre ¿cuál es?

SATANÁS

Llámame hermano.

JOB (*contemplándolo atentamente*)

Mucho de triste en ti también se mira,
¿es que Dios te ha dejado de su mano?

SATANÁS

¿Qué te importa si vengo á consolarte?

JOB

Es siniestra tu voz, aunque es sentida;
me parece que oigo, al escucharte,
la queja de la rama que se parte
y al suelo viene, por el rayo herida.
Tú sufres ¿es verdad? Es tu hermosura
sombría como noche sin estrellas,

y hay no sé qué misterio y qué pavura
en torno de tu ser. ¿También la altura
lanzó su maldición tras de tus huellas?
No me digas que no; mal en tus ojos
el llanto amargo del dolor se estanca,
y es tu acento negando tus enojos
queja que horrible malestar arranca...
¿De dónde vienes?—Dilo.

SATANÁS

Yo la tierra
recorro sin cesar. De lejos vengo.
Donde hay desolación ó peste ó guerra,
donde la dulce paz sus puertas cierra
allí busco el descanso y me detengo.

JOB

Pero ¿quién eres tú?

SATANÁS

Soy el que pudo
hacer del hombre la ventura un día;
soy el que ha sucumbido al golpe rudo
de la más execrable tiranía.
Soy víctima de aquel que sus rencores
ha ocultado traidor tras la careta
hipócrita del bien, y á mil dolores
tiene á la triste humanidad sujeta!

ABELARDO A. LEAL

JOB

¡Espíritu maldito!

SATANÁS

¡Calla, necio!
¿Maldito yo que consolarte ansío?

JOB

¡Aléjate de mí!

SATANÁS

¡De un siervo mío
jamás pagué el amor con el desprecio!
Jamás, mortal, entiéndelo, mi mano
te abandonara en manos del destino
si fuera yo tu Dios; pero el tirano,
el que infundió en tu ser ese mezquino
soplo de vida, el que permite ahora
que te escarnezca y burle el orbe entero,
¿con qué premia tu amor?... ¡Imbécil! ¡Llora!
¡llora sobre tu inmundo estercolero!

(Pausa. Después prosigue con voz conmovida.)

Ayer, todo era encanto, todo calma:
en venturoso hogar, vejez tranquila;
y para ver al mundo, en paz el alma
se asomaba risueña á tu pupila.
Pastaban en las vegas tus rebaños,
rebosaban semillas tus graneros,
y unos tras otros, rápidos los años

pasaron á tu lado placenteros.
Nunca negaste el bien; jamás hiciste
puerta en tu casa con umbral estrecho,
y halló siempre el viajero errante y triste,
pan en tu mesa y en tu alcoba lecho.

JOB *(sollozando)*

No te quiero escuchar. Vete; ¡me llenas
de desesperación en mi agonía!
Mal haces ¡ay! en aumentar mis penas
recordándome el tiempo en que serenas
fueron las horas de la vida mía!
Déjame en esta noche de dolores
soñar con el arcángel del olvido;
¡á qué hablarle de pájaros y flores
al viejo tronco por el rayo herido!

SATANÁS

(avanzando un paso é inclinándose hacia JOB*)*

Siempre, cuando en levante el sol lucía
ó cuando estaba en el ocaso oculto,
al Dios que tu existencia bendecía
rendiste humilde reverente culto.
¿Por qué el Señor de ti quitó los ojos
que tuvo tantos años en ti fijos?
¿Por qué trocó tus rosas en abrojos
y arrojó ante tus pasos los despojos
inertes y sangrientos de tus hijos?

¿Es esa de tu Dios la bondad suma
y ese el amor que en bendecir te empeñas...?
. . . . . .
¡Más que sus dones, Job, dura la espuma
que deja el mar sobre las toscas peñas!

JOB

¡Yo espero en el Señor!

SATANÁS *(con ironía)*

¿También ahora?
¿No es acaso el Señor quien te ha abatido?

JOB

Sé que tiende su mano bienhechora
al justo que cayó y al oprimido.

SATANÁS

¡Obcecado serás mientras alientes!
Él te da el mal, yo el bien. ¿Vienes?

JOB

¡No puedo!
¡Adoro á Dios y lo bendigo!

SATANÁS

¡Mientes!
¡es esa adoración, flaqueza y miedo!
Te entregas maniatado á tu verdugo
porque altanero y sin piedad te hiere;
no eres tú el solo ser que innoble yugo
al dulce y blando bienestar prefiere.

No eres tan sólo tú quien hace alarde
de una piedad fingida y embustera;
no eres tan sólo tú ruin y cobarde;
¡es como tú la humanidad entera!

(Retumba en las alturas un trueno, y JOB *se postra hundiendo la frente en el estiércol.* SATANÁS, *erguido y con los brazos cruzados, prosigue, después de lanzar una carcajada).*

¡Coloca, Job, coloca en la balanza
tus malas obras y tus obras buenas,
y dime si á tu espíritu no alcanza
que hay más seres que entonan tu alabanza
que rayos tiene el sol y el mar arenas.
En vano fuiste justo y fuiste bueno,
que después de hacer bien y vivir tanto,
cuando te hallabas de confianza lleno,
comiste pan y saboreaste cieno,
bebiste vino y lo amargó tu llanto!
¿Qué hay en torno de ti? ¡Sólo tristeza!
¿Dónde están tu mujer y tus amigos?
¡Los testigos ayer de tu grandeza
no serán hoy de tu dolor testigos!

*(*JOB *lanza un gemido).*

¡Varón, ese gemido es vana queja!
¿Quién te ha de consolar si á nadie halagas?
¡Demasiado hará el hombre si te deja,

al pasar por aquí, la inmunda teja
con que raspas la podre de tus llagas!

JOB

¿Por qué prosigues? Tedio de la vida
doblega mi alma, y en su angustia horrible,
de cada úlcera abierta y corrompida
hace un oído en que entra fementida,
llena de hiel, tu frase aborrecible.

SATANÁS

Te engañas á ti mismo. Si me escuchas
ávidamente, es, Job, que, á tu despecho,
mi frase, no de hiel, de verdad llena,
penetrando en el fondo de tu pecho,
como el rayo al caer, alumbra y truena.

JOB

¡Déjame!

SATANÁS

¡Bien! Vendrán, cuando me vaya,
á verte algunos, nunca á consolarte;
si les hiciste un bien, que no te asombre
que, así como el terral borra la raya
que hace el necio en la arena de la playa,
borre el recuerdo en su memoria el hombre.
Tú los verás callados y sombríos
sentarse junto á ti, y el ojo alerta,
fingiendo compasión, observar fríos,

á los gusanos que abrirán impíos
lívidos surcos en tu carne muerta!
Y si llegan á hablarte, si sus labios
abren paso á su voz ronca y adusta,
será no más para inferirte agravios,
quizás juzgando tu miseria justa.
¡Así es la humanidad! Para el vencido
no hay piedad, ni consuelo, ni ternura:
¡suenan mal los lamentos al oído
del que ignora lo que es la desventura!
Y entonces, bajo el peso formidable
de una invencible angustia, á tu infinito
dolor cediendo al fin, en tu ansia loca
saldrá vibrando pavoroso grito
del antro negro de tu abierta boca!
¡Maldecirás á Dios!

JOB

¡Nunca!

SATANÁS

En ti miro
fundirse á toda la caterva humana;
que la misma serpiente de la duda
que hoy á tu pobre corazón se anuda,
en todo pecho anidará mañana.

JOB

Yo no dudo, yo creo, mis pupilas
con la luz del Señor ansioso lleno.

SATANÁS

Mientes, Job, tú no crees; dudas, vacilas
y estás pensando que tu Dios no es bueno.
¿Por qué te hiere así? ¡Cobarde! niegas
lo que leyendo estoy en tu mirada;
¡ah Job! contigo mismo en vano bregas;
¡rebélate una vez! ¿Por qué así entregas
desnudo el cuello á tan injusta espada?

JOB

¡Déjame en paz morir! ¡Déjame, digo!

SATANÁS

¡Siempre cobarde y vil!

JOB

¡Vete!

SATANÁS

Me alejo...
¡Pronto me invocarás!

JOB

¡Yo te maldigo,
espíritu del mal!

SATANÁS

¡Imbécil viejo!

Sopla huracanado el viento, y en tanto que JOB *se cubre el rostro con las manos,* SATANÁS *lentamente, muy lentamente, se eleva y se desvanece como un vapor en los aires.*

Cae la noche. Entre las sombras se ven brillar fosforescentes dos pupilas que clavan siempre su mirada en JOB.

Eliphás, Baldad y Sophar aparecen á lo lejos, avanzan hacia el estercolero y silenciosos se sientan junto al leproso.

Y pasan siete días y siete noches y no dirigen ni una palabra á JOB.

JOB *los observa silencioso también y crece su angustia y no escucha una voz que lo consuele y anime, y piensa en* SATANÁS.

Después de esto, abrió JOB *su boca y maldijo su día. Y habló:*

¡Perezca el día en que nací, perezca!
Que ya nunca su sol al mundo alumbre,
y quiera Dios que oculta permanezca
en densa obscuridad su clara lumbre.
Que sea envuelto en mares de amargura
como hoy envuelta está la vida mía;
que el cielo, horror, tinieblas y pavura
arroje sobre ti, ¡maldito día!
Y maldita también, maldita sea

la noche que en un vientre concebido
fuí por mi mal; que siempre la posea
y la atruene el turbión con su rugido.
Que su fría tiniebla entenebrezca
al astro que en su cielo reverbere,
que en su levante el alba no aparezca,
que ansíe ver su luz, y en vano espere.
Que en ella peste y malestar profundo
bramando deje cuando pase el austro,
ya que cerrar no quiso cuando al mundo
vine, las puertas del materno claustro.
¡Miserable de mí! que mis mejillas
dos raudales de hiel surquen deshechos;
¿por qué fuí recibido en las rodillas?
¿por qué me dieron de mamar los pechos?
¿Me han dejado vivir para que encuentre
en mi vejez dolores y miseria?
¿Por qué no hicieron del materno vientre
eterna tumba á mi infeliz materia?
¡Maldito, sí, maldito!...

(Se oye en los aires, confundida con el aullido del viento, una carcajada.)

¡Qué! ¿quién ríe?
¡Eres tú, Satanás! Pavor y frío
me causa tu reir. ¿No hay quien me guíe
en esta senda de dolor?

SATANÁS *(invisible)*

¡Ingrato!

JOB

Tú, no, jamás, jamás, ángel sombrío!

(Postrándose)

¡Señor, Señor, tu voluntad acato!
¡ten compasión de mí! ¡PIEDAD, DIOS MÍO!

HÉRCULES

BAJO límpido cielo
el sol su rayo desplomaba ardiente;
vagaba el ave en perezoso vuelo,
y se alzaba del suelo,
cual luminoso tul, vaho caliente.

Altaneros los dos, él sólo armado
con tosca y gruesa clava,
y lamiéndose el belfo el león hirsuto,
se apercibieron á la lucha brava,
erguido el hombre y replegado el bruto.

Se miraron, brillaban de la fiera,
con fulgores de hoguera,